



Rudyard Kipling (1865-1936). La libertad del escritor

Rudyard Kipling (1865-1936). The freedom of the writer

■ Santiago Prieto*

Resumen

Rudyard Kipling, gran poeta y maestro del relato breve, es un nombre propio en la historia de la Literatura. Nació en Bombay, recorrió el mundo y dejó cuatro novelas, casi 300 cuentos y 800 páginas de poemas, muchos de ellos excelentes. En estas páginas se hace una semblanza de su vida y un repaso somero de su obra.

Palabras clave

Bombay. Lahore. *Civil and Military Gazette*. *El libro de la selva*. *Kim*. *Si*. Primera Guerra Mundial.

Abstract

Rudyard Kipling, the great poet and master of the short story, is a name in the History of Literature. Born in Bombay, traveled the world and left four novels, nearly 300 short stories and 800 pages of poems, many of them excellent. These pages include a portrait of his life and a quick run-through of his work.

Key words

Bombay. Lahore. *Civil and Military Gazette*. *The Jungle Book*. *Kim*. *If*. World War I.

* El autor es médico

Introducción

John Lockwood Kipling (1837-1911), un inglés flemático, amante de la naturaleza, el arte y Francia en la misma medida que renegaba de Alemania, ya era un excelente dibujante cuando conoció en 1864 a orillas del lago Rudyard (Straffordshire) a Alice Macdonald (1837-1910), una escocesa fogosa y melómana. Quizá porque el amor brota a veces entre espíritus dispares, se casaron en marzo del siguiente año. John, funcionario del Gobierno, fue destinado poco después al *Indian Education Department*, en Bombay, gran ciudad en la costa oeste de la India, subcontinente dominado por Inglaterra desde hacía un siglo. Hacia allí partió con su esposa para incorporarse como profesor de dibujo, cerámica y escultura en la *Jeejeebhoy School of Art*. Y el 30 de diciembre de 1865 vino al mundo en Bombay su primer hijo, al que, en recuerdo del lugar donde se habían conocido, llamaron Joseph Rudyard. Su segundo y último vástago, Alice, nació en 1868.

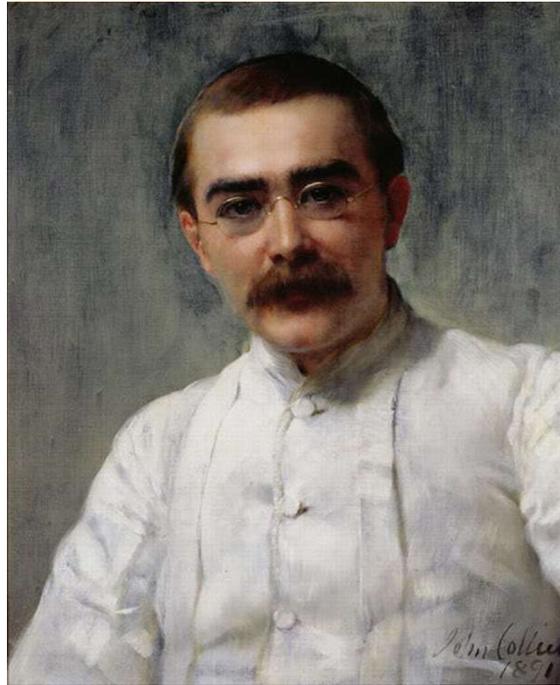


FIGURA 1.—Retrato al óleo de Rudyard Kipling, realizado por John M. Collier (1850-1934) en 1891 (cortesía de Wikimedia Commons).

Infancia y juventud

La India imprime carácter y Rudyard se impregnó pronto de aquel torrente de vida a través de los sirvientes de sus padres. «Mi primer recuerdo es el de un amanecer, su luz y su color y el dorado y rojo de unas frutas a la altura de mi hombro. Debe ser la memoria de los paseos por la mañana por el mercado de frutas de Bombay con mi aya...», leemos en sus memorias. Aprendió hindi a la vez que la lengua materna y al nacer Alice, con dos años y medio fue enviado con sus abuelos maternos a Bewdley, en la metrópoli. Tozudo y caprichoso, pasó allí seis meses antes de ser devuelto, con algún suspiro de alivio de sus parientes, a Bombay. Pero sus padres, con el fin de evitar

la influencia absorbente de la India, viajaron a Inglaterra para dejarlos a él, con cinco años, y a su hermana, con tres, en una casa de huéspedes en Southsea.

Alice era dócil, pero Rudyard tenía un carácter rebelde y en los cinco años y medio que pasó en aquella casa regentada por una mujer cruel, fue maltratado: «...recibía una paliza cada día... Empecé a leer todo lo que caía en mis manos, pero cuando se supo que eso me gustaba, a los demás castigos se sumó la privación de la lectura. Fue entonces cuando empecé a leer a escondidas y a conciencia...» De aquella tortura sólo se salvaron los meses de diciembre que pasó en *The Grange*, la casa de unos tíos maternos en Fulham, sudeste de Londres («... *The Grange* era un paraíso que realmente creo que me salvó»). Allí, Edgard Burne-Jones, un pintor de mérito y con sentido del humor, le estimuló en la lectura y su tía Georgiana Macdonald, además de poner el punto de cariño femenino, también observó que Rudyard a sus diez años era miope. Y, además de comprarle sus primeras gafas, mandó recado a Bombay del calvario que el pequeño estaba pasando.

Alice llegó de la India en abril de 1877, sacó a sus hijos de la que Rudyard llamó en sus memorias «la casa de la desolación» y fueron a vivir a una granja en Epping Forest, con unos parientes y sus hijos de edad parecida. Todo cambió para él porque ya pudo jugar y leer sin miedo. Su padre, que se había trasladado de Bombay a Lahore, regresó un año después, le dedicó tiempo, le llevó a la Exposición Universal (en la que había diseñado el pabellón de la India) que tuvo lugar en París en el verano de 1878 y le transmitió su amor por Francia. Un amor que fue perenne.

Poco antes de cumplir los 13, fue llevado interno al *United Services College* en Westward Ho!, Devonshire, centro fundado en 1874 por oficiales y funcionarios del Ejército destinados en la India para la educación de sus hijos en Inglaterra a un precio asequible. Allí recibió una buena formación basada en que los chicos no perdieran el tiempo y que llegaran agotados a la cama. La miopía le hizo más proclive a la biblioteca que a los deportes y el director, Cormell Price, un hombre sensato, le animó a organizar la revista del colegio. Tuvo interés por el Latín, la Literatura, la Historia y la Biblia. Leyó y fijó la obra de Shakespeare, Defoe, Scott, Byron, Keats, Dickens, Stevenson, Carlyle, Hawthorne y Poe, dejándole una impronta que podrá reconocerse en sus textos. Fue allí donde empezó a fumar y escribió sus primeros poemas. A los 14 conoció a Florence Garrard, adolescente de la que se enamoró sin ser correspondido, a la que dedicó algunas poesías e hizo protagonista de la novela *La luz que se apaga* (1891).

Al acabar el curso 1881-1882 ya sabía que con sus notas no podría obtener una beca para Oxford y que sus padres carecían de recursos para sufragarle la Universidad. Por ello, Price, conociéndole, le aconsejó que se dedicara al periodismo. Su padre, que había dejado Bombay en 1865 y dirigía la *Mayo School of Industrial Arts* de Lahore, capital del Punjab (región en el noroeste de la India y hoy en su mayor parte en Pakistán), además de ser el Conservador del Museo de la ciudad, habló con el director de la *Civil and Military Gazette*, de Lahore.



FIGURA 2.—Bombay (Mumbai), Kalbadevie Road, hacia 1890
(*Photographic Trip Around the World*, John W. Illiff & Co., Chicago, 1892).

India

Kipling partió hacia la India el 2 de septiembre y llegó a Bombay el 20 de octubre de 1882. Tenía 16 años, tez morena, mandíbula notable, patillas voluminosas, frondoso bigote y ojos vivos que todo lo observaban a través de las lentes. Pasó una semana en Bombay antes de viajar por tren a Lahore e ir a la casa de sus padres.

Se incorporó inmediatamente como ayudante del director de la *Gazette*, único periódico del Punjab. Stephen Wheeler, un inglés recto y misántropo, le explicó nada más llegar que allí iba sólo a corregir textos, leer el correo y escribir resúmenes y telegramas. Sin embargo, en alguna ocasión le envió como corresponsal a cubrir acontecimientos fuera de Lahore o a la conflictiva frontera de Afganistán con Rusia. Así, visitó Peshawar y el histórico Paso Khyber, desfiladero de 52 kilómetros en la cordillera Safid, entre Pakistán y Afganistán. Y, además de enseñarle cómo funcionaba un periódico, le permitió publicar algunos relatos en la *Gazette*.

Años más tarde, Kipling recordó agradecido: «yo no sabía nada y mi jefe tuvo que adiestrarme. No sé hasta qué punto mi aprendizaje le hizo sufrir, pero lo que llegué a

ser, el hábito que adquirí en verificar fuentes y conseguir trabajar sin salir del despacho, se lo debo a Stephen Wheeler».

Pero, además de las muchas horas que pasaba en el periódico, Kipling observaba, visitaba con frecuencia el puesto militar de Mian Mir y hablaba con soldados y oficiales; se relacionaba con los funcionarios, ingenieros, topógrafos, médicos y abogados ingleses del *Indian Civil Service*, núcleo de la administración y mantenimiento de las infraestructuras en el Punjab. Y al atardecer paseaba por las callejuelas de «ese maravilloso, sucio y misterioso hormiguero de Lahore», se mezclaba con los nativos, acudía a algún fumadero de opio, visitaba los caravasares, escribía y aguardaba su momento.

A los 20 años se incorporó a la logia masónica Esperanza y Perseverancia nº 782, de Lahore, de la que fue miembro activo («... cada uno de nosotros se refería al Dios que conocía mejor... Dios, Mahoma y Shiva jugaban al escondite en nuestras cabezas... Los Hermanos tomaban la palabra uno tras otro y nadie se inquietaba...» escribirá en 1924 en el poema *Mi Logia Madre*).

Pasó los veranos en Shimla, ciudad paradisíaca en las estribaciones del Himalaya y, en 1886, tras cuatro años de labor rutinaria, el director de la *Gazette* fue sustituido. Su sucesor, Kay Robinson, reconoció su talento y le animó a incluir allí poemas y relatos. Ese mismo año publicó sus *Cancioncillas departamentales*, gavilla de poesías satíricas sobre la vida y las variadas formas de hipocresía, mentira, torpeza e infidelidad conyugal de los militares y los civiles del *Indian Civil Service*. Sátira sin cinismo, con cierta misoginia y un toque cáustico también presente en sus artículos del que no se libraron ni las más altas jerarquías. Así, cuando el virrey lord Ripon en su afán buenista propuso que tribunales formados por hindúes (que tenían a sus mujeres como esclavas) pudieran juzgar a hombres y mujeres ingleses, Kipling le definió como «un pedante sentado en el trono, charlatán incansable y pelmazo redomado».

Tenía 22 años cuando fue enviado a Allahabad (en el sur de la provincia de Agra, hoy estado de Uttar Pradesh, fronterizo con Nepal) ya como redactor de *The Pioneer*, publicación hermana mayor de la *Gazette*. En sus páginas alumbró relatos con regularidad y en 1888 publicó en Calcuta sus *Cuentos sencillos de las colinas*, 40 historias en las que palpita la vida de la India y que, al ser editado en Londres, le dio a conocer en la metrópoli. Entre ellas cabe destacar *Wressley, de Asuntos Exteriores*, con un punto de humor y amargura, e *Inacceptable*, que arranca con una frase lapidaria: «En cualquier circunstancia, todo hombre debe ceñirse a su casta, raza y educación», en el que describe los amores entre una joven viuda hindú y «un inglés que sabía más de la cuenta y vio más de la cuenta»; un relato que acaba con la amputación de las manos de la viuda y una malintencionada cuchillada en la ingle de su amante.

Su afán escritor, siempre con pluma y tinta negra, le permitió que al año siguiente diera a la imprenta otros seis libros de cuentos: *Tres soldados*, *La historia de los Gadsby*, *En blanco y negro*, *Bajo los cedros*, *El palanquín fantasma* y *Wee Willie Winkie* (relato en el que John Ford basó en 1937 el guión de *La mascota del regimiento*). Esas 41

historias cortas, ilustradas por su padre, vieron la luz en la editorial Biblioteca del Ferrocarril de la India, en 1888 en Allahabad, y poco después en Inglaterra.

Historias escritas en lenguaje llano y a ras del suelo; desde la médula, colores y olores de la India; próximas a los soldados, a la gente anónima, a las enfermedades confesables e inconfesables, a los civiles ingleses que intentaban mantener la dignidad y el equilibrio mental durante años a miles de kilómetros de la metrópoli. Ahí ya estaban su capacidad de observación e imaginación. Todo ello con un estilo propio, sin afán moralizador, desde la crítica y, a la vez, la comprensión y la compasión, que tal vez fueron el motivo de la pronta estima de sus lectores. Como escribió en una carta en 1885: «¿Para qué trabajamos en este país? ¿Para qué mueren nuestros mejores hombres por agotamiento, por enfermedades, si no es para mantener viva y sana a la gente? Gastamos a nuestros hombres como si fueran agua y si alguna vez se hizo mejor un país extranjero gracias a la sangre de los mártires, ese país es la India».

Esta fue una de sus ideas esenciales sobre el imperio británico, entendido no sólo como dominio, sino también y sobre todo como trabajo, servicio y sacrificio, o si se prefiere, como ejercicio del poder sobre una base moral. Una base de repudio por los abusos que padecían los niños y las mujeres en la India; un afán de mejora de la higiene, la educación, las condiciones de vida y las comunicaciones; de respeto por la cultura, costumbres y religiones de los hindúes.

Kipling criticó muchas veces la imposición de las ideas cristianas a unas gentes ajenas

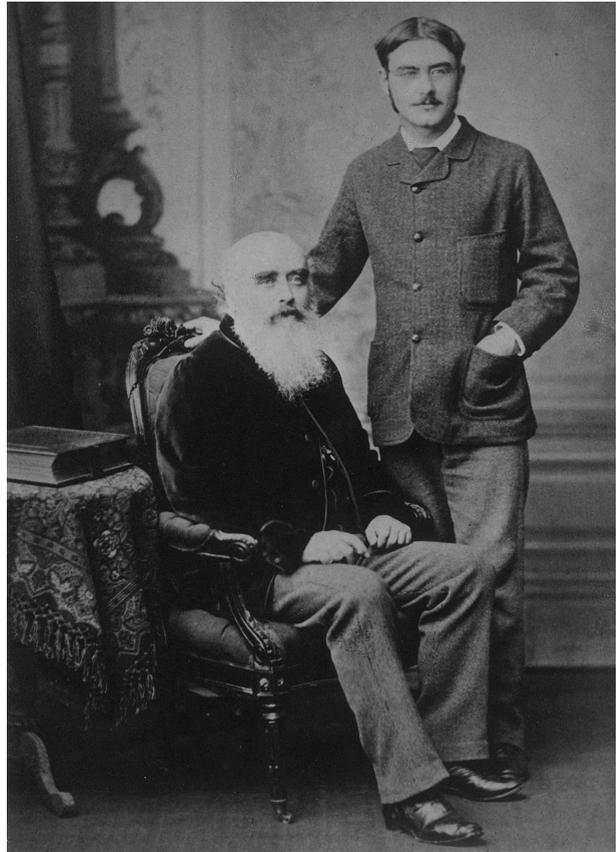


FIGURA 3.—Rudyard Kipling con su padre, John Lockwood Kipling (fecha y autor desconocidos).



FIGURA 4.—La estación Victoria (*Chhatrapati Shivaji*) de Bombay, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, fue construída en 1887 y en ella se ubican las oficinas centrales de los ferrocarriles indios (Joe Ravi, Creative Commons).

a esa religión y así escribió más tarde: «Mi sino es haber nacido, y en gran medida criado, entre aquellos que el hombre blanco llama «paganos»; y, a la vez que reconozco la difícil tarea de seguir las enseñanzas de su credo, me parece cruel que los hombres blancos, armados con las armas más mortíferas creadas por la ciencia, aturdan y confundan a sus congéneres con una doctrina de salvación que ni ellos mismos entienden bien, y un código de ética extraño al clima e ideas de esas razas, cuyas costumbres más estimadas ultrajan y a cuyos dioses insultan.»

Entre esa segunda tanda de relatos cabe destacar *El hombre que pudo ser rey*, incluido en el libro *El palanquín fantasma*, cuento largo que bien pudo haber sido novela, en el que apunta cómo los imperios pueden desmoronarse en un soplo si se fuerzan los credos y costumbres de los pueblos dominados. Un texto que John Huston convirtió en 1975 en excelente película de igual título, con Sean Connery y Michael Caine como los soldados masones Dravot y Carnehan en las montañas de Kafiristán (en Afganistán) y Christopher Plummer dando vida al propio escritor.

Pero, después de más de seis años allí, ya estaba cansado de la India y el periodismo y ansiaba volver a Inglaterra. El propietario del *Pioneer*, molesto por la situación en la que le habían puesto las sátiras con las que Kipling había obsequiado al virrey lord Dufferin, le facilitó la marcha y le adelantó el sueldo de seis meses, pero le pidió que le siguiera enviando artículos y crónicas de sus viajes.

Con ese adelanto y la respetable suma de 250 libras que obtuvo por la venta de sus derechos de autor, volvió a Lahore a principios de 1889 para despedirse de sus padres y en marzo partió de la India por el Este. Desde Calcuta marchó a Rangún, en Birmania (hoy Myanmar), y de ahí a Mandalay, ciudad que le sedujo y a la que dedicó un poema que comenzaba con «By the old Moulmein Pagoda, lookin' lazy at the sea...», verso incluido en una canción (*On the Road to Mandalay*) popularizada por Sinatra. De Birmania fue a Singapur, Hong Kong, Cantón (sudeste de China), Yokohama y llegó a San Francisco en junio de 1889.

Estados Unidos

Aunque Kipling admiraba la poesía de Poe (1809-1849), al principio no tuvo el mismo afecto por los norteamericanos. Así, escribió varios artículos en *The Pioneer* criticando su materialismo, violencia e ignorancia del resto del mundo.

Desde San Francisco viajó hacia el Norte y visitó Portland y Seattle; cruzó a Canadá llegando hasta Vancouver y Victoria en la Columbia Británica, para volver a EEUU y quedar atónito ante los paisajes del parque Yellowstone, en Wyoming. Aquella inmensidad le impresionó y quizá influyó en que acabara por «cogerle el punto» al país así como al carácter, iniciativa, energía y sentido de la libertad de sus habitantes.

Fue hacia el Este y pasó por Salt Lake City y Chicago antes de visitar a Mark Twain (1835-1910) en Elmira, Estado de Nueva York, en el verano de 1889. Aunque Kipling, 24 años, había leído *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y admiraba a su autor, éste, a sus 54, no sabía quién era «aquel joven escritor que venía desde Asia para conocerle»... lo que no les impidió congeniar, conversar durante varias horas, fumarse un par de puros y hacer el proyecto, no cumplido, de viajar a la India.

Inglaterra

Kipling llegó a Londres en octubre de 1889 y fue a vivir al centro, cerca del Strand y Charing Cross, núcleo de la vida nocturna de la ciudad. Asistió con asiduidad a los teatros, visitó antros de dudosa fama y fue un fervoroso defensor de los *music-halls*, que siempre consideró una parte esencial de la cultura inglesa. Coincidió, además, que por entonces se publicaran en Inglaterra sus relatos en la Biblioteca del Ferrocarril de la India y que gozaran de una crítica excelente en semanarios como *Scots Observer* y *Macmillan's Magazine* y en el diario *The Times*. En la metrópoli sorprendió por su estilo directo y su punto de vista sobre el Imperio; por los temas tratados y su crítica de los teóricos que peroraban o escribían sin conocer la esencia de la India; por dar protagonismo a los pensamientos de los soldados, de los civiles, hombres y mujeres anónimos, propio de alguien que conocía aquella vida desde dentro; y, junto a ello,

su dominio y respeto por el idioma, desde el inglés clásico al cockney pasando por los dialectos. Como apuntó el escritor George Moore (1852-1933): «Kipling es el único autor inglés después de Shakespeare que escribió con todo el diccionario».

Fue el director del *Scots Observer*, William Ernest Henley, que más tarde también descubriría el talento de H. G. Wells (1866-1946), quien le apoyó con fervor. En ese semanario Kipling publicó en 1890 muchas de sus *Baladas del cuartel*, poemas y canciones entre las que destacan *Tommy* (un canto al prototipo de soldado inglés), *La viuda de Windsor*, *Mandalay* y *Gunga Din* (memorias de un soldado y su recuerdo de un heroico porteador de agua hindú, Gunga Din), llamadas al dolor o a la esperanza con argumento militar y que tuvieron un éxito inmediato. El apelativo «poeta del imperio», con el que algunos pretendieron fustigarle, no sólo no le molestó, sino que le agradó y nació en aquellos poemas.

A la vez, con la claridad que le caracterizaba, sin miedo a que se le entendiera, Kipling se definió en su crítica por el decadente movimiento esteticista representado por Wilde, por el que mostró franca antipatía. Él escribió sobre lo que vio, vivió y observó, sobre las personas que hacían labor, que amaban, gozaban, sufrían, esperaban, se resignaban o se rebelaban y que vivían en condiciones muchas veces adversas: «merece mucho más la pena escribir sobre los hombres que trabajan de verdad que sobre los que pontifican sobre lo que deben hacer otros hombres».

En 1891 publicó *El inconveniente de la vida*, colección de 29 cuentos, algunos ya presentes en la *Gazette*, con la India como base argumental. En ellos cabe destacar *A través del fuego*, una trágica historia de amor; *El hombre que fue*, en el que deja caer su idea sobre la civilización de Asia: «... porque Asia no ha de ser civilizada de acuerdo con los métodos de Occidente. Hay mucha Asia y es muy antigua. No puedes reformar a una dama de muchos amantes, y Asia ha sido una enamorada insaciable en tiempos pasados: nunca asistirá a la escuela dominical ni aprenderá a votar, como no sea con espadas en lugar de papeletas...» y *Georgie Porgie*, sobre el amor traicionado («No puedes explicar las cosas a los orientales. Tienes que mostrárselas...»). También en 1891 dio a la imprenta *La luz que se apaga* que, frente a la calidad de sus historias cortas, fue su primera, misógina y fallida novela, con Florence Garrard, su amor de adolescencia, como protagonista y que no le dio ningún prestigio.

Por entonces conoció a Wolcott Balestier, escritor y editor neoyorkino cuatro años más joven, con el que tuvo una estrecha amistad en la que algunos han visto un componente homosexual. Con él publicó en Londres y Nueva York *Naulahka, una historia de Occidente y Oriente*, compendio de aventuras de un californiano en la India que no puede ser incluida entre sus mejores obras. Sin embargo, Wolkott tenía una hermana, Caroline (1861-1939), algo mayor que Kipling, que facilitó ser cortejada.

Pero éste, 26 años, abrumado por su actividad y temiendo comprometerse, decidió viajar y partió hacia Sudáfrica, Nueva Zelanda, Australia, Ceilán y la India. Cruzó ésta para llegar a Lahore a finales de 1891 y visitar a sus padres. Allí recibió la noticia de Carolina desde Londres de que Wolkott había muerto de tifus y regresó a Inglaterra.

Llegó a Londres a principios de enero y, en un rapto difícil de entender, decidió

casarse con Caroline. Contrajeron matrimonio el 18 de enero de 1892 y Kipling cayó así en la red de una norteamericana que, si bien tenía visión de los negocios, algo es algo, también era celosa y dominante.

Vermont

Iniciaron el viaje de novios con la idea de dar la vuelta al mundo y partieron hacia Vermont (en el noreste de EEUU, en la frontera con Canadá) para conocer a la familia de Caroline. Desde allí viajaron hasta Japón y en Yokohama se enteraron de que el banco donde el escritor tenía sus ahorros había quebrado. Asumieron la situación y volvieron a EEUU, yendo ahora de Oeste a Este hasta llegar de nuevo a Vermont.

Decidieron establecerse allí y alquilaron una cabaña en Bliss Cottage, cerca de Brattleboro, donde nació Josephine, Effie, su primera hija, el 29 de diciembre de 1892. La escritura le permitió recuperar su economía y pudo así comprar unos terrenos a un cuñado y construir una casa amplia en la que nació su segunda hija, Else (febrero, 1896). Allí, en las inmediaciones del río Connecticut, escribió el racimo de cuentos que componen *El libro de la selva*, cuya primera edición fue ilustrada por su padre y vio la luz en Nueva York, y el *Segundo libro de la selva*, (en 1894 y 1895, respectivamente), todo un tratado de educación infantil ambientado en las selvas de Seonee, en el centro de la India. Las ideas de lealtad, trabajo y respeto a las leyes; la lucha por la vida tomando a las focas como ejemplo, o la rectitud y sabiduría representadas por el oso Baloo, junto con la crítica a la charlatanería y la anarquía encarnadas en los monos, brillan en esas páginas. (Por cierto, en 2010 apareció el ejemplar que había sido de su primogénita con la dedicatoria manuscrita: «Este libro pertenece a Josephine Kipling, para quien fue escrito por su padre»).

Creó aquellos relatos, como los incluidos en *Cuentos tal cual* (1902), «para que Effie se durmiera. No podía cambiar nada. Debía contárselos sin variar ni un punto, o si no, se espabilaba y recordaba cómo se los había contado antes. Así, al final se convirtieron en un hechizo: el cuento de la ballena, el del dromedario y el del rinoceronte, debían ir en ese orden y con las mismas palabras exactamente».

También en EEUU, Kipling escribió tres libros de poemas *Los siete mares*, *Baladas del cuartel* y *Las cinco naciones* (Inglaterra, Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda y Canadá) en los que volvía a la vida militar y la India, pero ya con el descubrimiento de los astilleros y la construcción naval como base del imperio británico. Y junto a esa poesía, *Capitanes intrépidos* (1897), excelente novela de aventuras y hoy denostada por muchos por su base moralizadora; un canto al valor del trabajo, la austeridad y la camaradería a la hora de educar a un mozalbete rico y mal criado. Una obra que nos recuerda a Verne (1828-1905) y para la que se documentó a fondo en Gloucester (Massachusetts) sobre la pesca del bacalao («el doctor Conland había servido en esa flota en su juventud... con cuchillos especiales hizo la autopsia a grandes bacalao y me enseñó su anatomía para que no me equivocara al describirlos»). ¿Cómo



FIGURA 5.—«The Gables» (Tisbury, Vermont), donde Kipling vivió con su familia durante 20 años y escribió, entre otros relatos, *El libro de la selva* y *Kim* (cortesía de www.nollywoodone.com).

no leer la novela después de ver la película dirigida por Víctor Fleming en 1937, o viceversa?

Kipling quería y sabía relacionarse y en 1895 visitó en New Hampshire a John Hay (1838-1905), que había sido secretario personal de Abraham Lincoln (1809-1865) y que en 1898 sería nombrado Secretario de Estado. A través de él conoció a Theodore Roosevelt (1858-1919), futuro Presidente de EEUU desde 1901 hasta 1908.

En mayo de 1896 tuvo una grave discusión con su cuña-

do, alcohólico y vecino, que en plena borrachera le acusó de haberle estafado en la compra del terreno en que se asentaba la casa del escritor y llegó a amenazarle de muerte. El tema se enredó y acabó en los tribunales y, aunque éstos fallaron a su favor, la situación le fue tan ingrata que le deprimió y decidió volver a Inglaterra con Caroline y sus dos hijas.

Pero, por entonces las editoriales Macmillan & Co, en Londres, y Doubleday, en EEUU, habían publicado su obra y ya contaba con el aprecio del gran público.

En Inglaterra

Llegaron a Londres en agosto de 1896 y, tras una breve estancia, fueron a Torquay, Devon, donde se relacionó con los marineros, oficiales y barcos de la Armada y llegó a asistir muy interesado a unas maniobras navales. Aguantó allí apenas ocho meses ya que las nieblas y la humedad le hicieron ir a Rottingdean, cerca de Brighton, Sussex, en el sureste de Inglaterra. En septiembre de 1897 nació John, su último y único hijo varón y en aquel pueblo costero, con su familia al completo, vivió tiempos felices. En Rottingdean escribió *Stalky & Co*, relatos humorísticos sobre su vida colegial y tuvo como vecino a su primo Stanley Baldwin, futuro primer ministro.

Y si en 1896 había publicado *Himno antes de la acción* («La tierra llena de rabia / los mares en sombras de furia / las naciones embridadas / en nuestra contra se levantan / Antes de que desatemos las legiones / antes de desenvainar las espadas / Jehová de los Truenos / Señor Dios de las Batallas / ¡ayúdanos!...»), en 1897 alumbró *Recessional*, himno de retirada del sacerdote al acabar los oficios religiosos, («Dios de nuestros padres, desde antaño conocido / Señor de nuestra lejana línea de batalla / bajo cuya

Mano terrible conservamos/ el dominio sobre pinos y palmeras/ Señor Dios de los Ejércitos, quédate con nosotros / ¡para que no olvidemos!), segundo de sus «himnos imperiales» con resonancias bíblicas por los que los ingleses le elevaron al altar de la leyenda. Algo curioso ya que Kipling no visitaba la iglesia.

Recordemos que *Recessional* compartió página en *The Times* con el mensaje de la reina Victoria de Inglaterra (1819-1901) a sus súbditos al celebrar sus 60 años de reinado y que aún hoy se interpreta en los países de la órbita inglesa.

Sudáfrica

A Kipling le gustaba viajar y en enero de 1898 partió con su familia hacia Sudáfrica buscando el verano austral. En Ciudad del Cabo fue recibido como «poeta del Imperio» por Cecil Rhodes (1853-1903), hasta 1895 Primer Ministro de la Colonia de El Cabo y aún hombre fuerte, por Alfred Milner (1854-1925), Alto Comisionado para África del Sur, y por Leander Jameson (1853-1917), Administrador de la Provincia de El Cabo. Este último, licenciado en Medicina en el University College de Londres, en 1895 había propiciado con el apoyo de Rhodes la fracasada invasión inglesa de la República Bóer del Transvaal (norte de la Provincia de El Cabo).

Firme partidario de la idea de un imperio británico dominador y civilizador, y enemigo de una Alemania a la que veía como un peligro para la libertad (y que apoyaba a los boers holandeses del Transvaal), congenió enseguida con Rhodes, Milner y Jameson y fue su invitado. A su vuelta a Inglaterra mantuvo con ellos una rica relación epistolar y escribió artículos para *The Friend*, periódico editado en Sudáfrica para los soldados británicos destacados allí. (Las llamadas «guerras de los boers», con un fundamento económico por el dominio de las minas de oro del Transvaal, duraron desde 1880 hasta 1902 y, tras varios altibajos, acabaron con una victoria pírrica de Inglaterra).

En enero de 1899 Kipling y su familia fueron a EEUU a visitar a la madre de Caroline y a Theodore Roosevelt, recién elegido Gobernador de Nueva York. El viaje por el Atlántico Norte fue calamitoso y Rudyard y Josephine llegaron «resfriados». La niña fue diagnosticada de neumonía y llevada a casa de una amiga de la familia materna mientras él permanecía grave en el hotel. Josephine murió dos semanas después y Kipling tardó en metabolizar aquella pérdida: «Se apagó una luz que nunca se volverá a encender». Pocas veces palparemos el dolor de un padre como en el relato *Ellos*, 1904: «Un hombre que se ríe de un niño es un bárbaro... a menos que el niño también se esté riendo...» y con la canción que pone en los labios de una mujer ciega: «... Pero quiera Dios bendecir así nuestras pérdidas que mejor se adaptan a nuestro ser...».

Los Kipling regresaron a Inglaterra en julio de 1899, año en el que alumbró a la vez en Londres y Nueva York *La carga del hombre blanco*, un poema con tinte racista en el que alentaba la anexión de Filipinas por EEUU y exaltaba el imperialismo hermanado de Inglaterra y EEUU, naciones que según él debían «conducir hacia la luz» a los territorios atrasados.



FIGURA 6.—En 1898 Kipling visita Sudáfrica. En Ciudad del Cabo fue recibido, entre otras personalidades, por Cecil Rhodes (1853-1903), hasta 1895 Primer Ministro de la Colonia de El Cabo. Aquí aparece caricaturizado tras anunciar en 1892 su intención de unir El Cairo con Ciudad del Cabo a través de una línea telegráfica (Edward Linley Sambourne, 1844-1910).

En 1901 publicó *Kim*, una espléndida novela que comenzaba en Lahore, delante del Museo que su padre dirigía. A través de un niño inglés («...Aunque su color era oscuro como el de cualquier indígena, aunque solía hablar el idioma del país y el inglés con un cierto eco, y aunque se relacionaba con los golfillos del bazar con la más perfecta igualdad, Kim era un niño blanco, si bien de la clase más miserable...») que va madurando a lo largo de un viaje acompañado de manera intermitente por un lama sabio en busca de un río que dará la paz a quien lo halle, construyó un magnífico retrato de la vida civil, religiosa, política y militar de la India que tan bien conoció. Una novela que conviene leer con un mapa al lado.

En su afán viajero, los Kipling continuaron visitando Sudáfrica desde enero hasta marzo todos los años desde 1900 hasta 1909. Siempre mantuvo una relación afectuosa con los soldados, que le veían «como uno de los suyos», visitando a los he-

ridos en los hospitales y dedicando páginas cáusticas a los generales incompetentes («jugadores de críquet y aficionados mediocres que matan el tiempo esperando lograr medallas...»), a los médicos militares (de los 22.000 soldados británicos muertos en aquellas guerras, sólo 6.000 lo fueron en el campo de batalla y el resto por complicaciones de las heridas), a los intelectuales, a las jerarquías eclesiásticas y a los aristócratas adocenados dedicados a la política como un pasatiempo y que, según su criterio, hicieron demasiadas concesiones a los boers al acabar la guerra. A la vez, cuando Rhodes

murió en Groote Schuur en marzo de 1902, Kipling fue uno de los portadores de su féretro y le dedicó un elegíaco y celebrado poema (*El entierro*: «Soñador devoto, llevado por su visión / más allá de nuestras luces y nuestras hipótesis / su labor alimentó a las ciudades / no los discursos...»).

Inglaterra, otra vez

Precisamente en 1902 decidió cambiar de casa y su economía le permitió adquirir *Bateman's*, una vieja mansión en East Sussex con un bosquillo y un molino de agua a orillas del río Dudwell, en la que escribió el resto de su obra.

Así, en 1906 publicó *Puck, de la colina Pook*, texto conciso, casi ascético («La verborrea, además de un amaneramiento, es imperdonable») en la que buscó inculcar en los niños el afán por conocer la historia de su país utilizando como protagonista al duendecillo Puck, personaje de la comedia de Shakespeare *Sueño de una noche de verano*: «La gente de las colinas se ha ido. Los he visto llegar a la vieja Inglaterra y los he visto irse. Gigantes, trolls, kelpies, brownies, duendes, trasgos, espíritus de los bosques, de los árboles, de la tierra y del agua; guardianes de tesoros, buena gente, enanos, pishogues, leprechauns, hombres de brezo, caballeros nocturnos... ¡se han ido todos! Yo llegué a Inglaterra con el Roble, el Fresno y el Espino, y cuando ellos desaparezcán, partiré con ellos...».

Por entonces, Kipling, consciente de la inferioridad de la educación inglesa frente a la alemana y defensor del servicio militar obligatorio, había asumido como deber el enseñar y hacer valorar su país a través de su historia a sus compatriotas como paso previo a su defensa frente a Alemania en una guerra que veía inevitable. En *Puck* apuntó su idea de la «nación armada y alerta», ya que para él la defensa de Inglaterra significaba defender la civilización, algo que debía basarse en el sacrificio, el trabajo duro y la disciplina, frente a la barbarie de los que repetidamente llamó «hunos».

En 1907, tras la estancia anual en Sudáfrica, viajó a Canadá, donde dio varias conferencias sobre los riesgos que, pensaba, implicaban el liberalismo y el socialismo y donde volvió a insistir en su idea de las «cinco naciones libres y hermanas de Inglaterra» como eje de un Imperio fundado en el apoyo mutuo y el sacrificio común. Precisamente allí escribió una de sus ideas lapidarias: «El punto débil de Canadá es su poca población. El de Inglaterra, un exceso de individuos con derecho al voto que se proponen vivir a costa del Estado».

Además, ese año la Academia sueca «en consideración a su poder de observación, originalidad, imaginación, ideas viriles y un extraordinario talento para la narración» le concedió el Premio Nobel de Literatura. Y él, que había evitado los honores «gubernamentales» (Caballero del Imperio Británico, Orden del Mérito, Poeta Laureado), sí aceptó con gusto tal galardón y fue el primer autor inglés en recibirlo.

En 1910 publicó *Acciones y reacciones*, recopilación de poemas y relatos de calidad

desigual pero donde hallamos unos versos excelentes dedicados a un perro («... Compre un perro / y por su dinero tendrá amor sin reservas / nunca le fallará / pasión perfecta y admiración nutridas con pataditas y caricias en la cabeza / incluso así, no está bien que arriesgue / dejando que un perro le quebrante el corazón / cuando los catorce años que la naturaleza le concede / concluyen con asma, tumores o achaques / y el veterinario recete veladamente salas de sacrificio y escopetas cargadas / sólo entonces sabrá / y será su problema / que ha permitido que un perro le parta el corazón»).

Y al año siguiente salió de la imprenta *Hadas y recompensas*, poemario en el que incluyó *Si*, probablemente su poema más universal:

If

If you can keep your head when all about you
Are losing theirs and blaming it on you,
If you can trust yourself when all men doubt you,
But make allowance for their doubting too;

If you can wait and not be tired by waiting,
Or being lied about, don't deal in lies,
Or being hated, don't give way to hating,
And yet don't look too good, nor talk too wise:

If you can dream - and not make dreams your master;
If you can think - and not make thoughts your aim;
If you can meet with Triumph and Disaster
And treat those two impostors just the same;

If you can bear to hear the truth you've spoken
Twisted by knaves to make a trap for fools,
Or watch the things you gave your life to, broken,
And stoop and build 'em up with worn-out tools:

If you can make one heap of all your winnings
And risk it on one turn of pitch-and-toss,
And lose, and start again at your beginnings
And never breathe a word about your loss;

If you can force your heart and nerve and sinew
To serve your turn long after they are gone,
And so hold on when there is nothing in you
Except the Will which says to them: 'Hold on!'

If you can talk with crowds and keep your virtue,
Or walk with Kings - nor lose the common touch,
if neither foes nor loving friends can hurt you,
If all men count with you, but none too much;

Si

Si puedes mantener la sensatez cuando a tu alrededor
todos la pierden y te culpan;
si puedes confiar en ti cuando todos de ti dudan
y a la vez ser comprensivo con sus dudas;

si puedes esperar y no desmayar en la espera,
o siendo tú engañado, no prestarte a la mentira;
o siendo odiado, no dar lugar a más odio,
e incluso no aparentar demasiada bondad ni hablar con
suficiencia;

si puedes soñar y no ser siervo de tus sueños;
si puedes pensar sin hacer de los pensamientos tu objetivo;
si puedes vértelas con el triunfo y la derrota
y tratar de igual manera a ambos impostores;

si puedes tolerar el oír la verdad por ti enseñada
tergiversada por truhanes y convertida en trampa para necios,
o contemplar las cosas por lo que diste la vida, destruidas
y tomar impulso y reconstruirlo con gastadas herramientas;

si puedes hacer un montón con todas tus ganancias
y arriesgarlas en una tirada a cara o cruz
y perder, y empezar otra vez como al principio
y nunca dejar escapar ni un suspiro por tu pérdida;

si puedes forzar tu corazón, tus nervios y tendones
para seguir adelante mucho después de haberlos perdido,
y resistir así, aun cuando ya no quede nada en ti
salvo la voluntad que les dice: ¡Aguantad!

Si puedes hablar con multitudes y conservar tus virtudes,
o caminar junto a reyes sin perder el sentido común;
si ni enemigos ni amigos entrañables pueden herirte;
si todos los hombres confían en ti, mas ninguno en demasía;

If you can fill the unforgiving minute
 With sixty seconds' worth of distance run,
 Yours is the Earth and everything that's in it,
 And -which is more- you'll be a Man, my son!

si puedes llenar cada inexorable minuto
 con el valor de sesenta segundos de distancia recorrida,
 tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
 y, lo que aún es más importante, ¡serás un hombre, hijo mío!

Sin duda, esos treinta y dos versos han representado un objetivo de carácter, equilibrio y fortaleza de espíritu para hombres y mujeres de todas las latitudes desde hace un siglo.

Pero Kipling, *conservador* a su manera, no se limitó a esa labor didáctica o, si se desea, estética, también participó en la vida pública escribiendo sobre lo que consideró vital para su país: Sudáfrica, Irlanda, la sociedad inglesa y el «riesgo teutón». Con respecto a Sudáfrica, en 1910 criticó la creación de la Unión Sudafricana, lo que significó su pérdida para el Imperio y el triunfo del *apartheid*. En cuanto a Irlanda, no ocultó su simpatía por el Partido Unionista y se opuso a la Ley de Autogobierno por la que el Reino Unido concedió al sur de la isla una autonomía casi absoluta en 1912, manteniendo el Ulster, «la única tierra de Irlanda con gente civilizada y decente», bajo la Corona. Para él, aquella ley «quebró la fe comprometida durante generaciones; reconoció el derecho a la sedición, la conspiración y la rebelión; subvencionó a las fuerzas de la intimidación, el atentado y el asesinato».

La sociedad inglesa le desagradaba y abominó de casi todos los políticos sin distinción de color. Siempre confió más en sus compatriotas que en sus jerarquías. Fue enemigo de las reformas sociales, de los impuestos sobre las grandes fortunas, sobre las mansiones y el tabaco. Individualista por convicción, atacó a los sindicatos («lastre para la economía»), la democracia («rebaño en movimiento... fenómeno basado en la idea de la santidad de la masa y la villanía del individuo»), el socialismo («sistema por el que el Estado estimula a los vagos a vivir sin trabajar...») y el nacionalismo irlandés («excelente camino de vuelta a la Edad Media»). En cuanto a Alemania, que llevaba tiempo rearmándose, vio pronto su afán de dominio y el riesgo que ello implicaba para Inglaterra, algo sobre lo que alertó repetidamente, pero que los políticos se negaron a ver. Sólo cuando en 1908 Alemania decidió construir acorazados, Albión empezó a modernizar su Armada.

En enero de 1913 viajó con Caroline a Egipto, que entonces dependía oficialmente del imperio turco pero que *de facto* era administrado por Inglaterra mediante un Cónsul General, un cuerpo administrativo y una base naval en Alejandría. Navegaron por el Nilo hasta Abu Simbel y el norte de Sudán, también bajo dominio británico («Sudán anglo-egipcio» leemos en los libros de Geografía hasta 1956) y Kipling vio y destacó la labor de pacificación y organización que allí hacían sus compatriotas: «sin nosotros, los nativos no habrían salido del robo y la barbarie».

Primera Guerra Mundial¹

El 28 de julio de 1914 estalló la Guerra que tantas veces había vaticinado y por la que pagó un alto precio. Su hijo John, 17 años, se alistó como voluntario pero fue excluido del servicio de armas por miopía. Sin embargo, por influencia de Kipling padre, fue admitido en los *Irish Guards*. Tras un año de preparación fue enviado al norte de Francia (Nord-Pas de Calais). Allí, entre el 25 de septiembre y el 14 de octubre de 1915, tuvo lugar la batalla de Loos en la que, mal dirigidos, en 20 días murieron 50.000 soldados británicos, entre ellos el teniente John Kipling. Si la pérdida en 1899 de una hija de cinco años había sido un golpe muy duro, la desaparición ahora de su hijo varón hirió su espíritu irremediablemente.

Por si fuera poco, la úlcera, que antes le había molestado de manera intermitente, pasó a mortificarle día y noche, sin que le aliviara ninguno de los tratamientos de la época. Tenía 50 años y al dolor por la pérdida del hijo se sumó el dolor físico, la irritación por una dirección bélica que consideraba insensata y la reacción histérica que desarrolló Caroline. Nunca se lamentó en público porque sabía bien que otros muchos compatriotas habían perdido a sus hijos y su dolor no podía ser diferente. Adelgazó y llegó a pesar 55 kilos para sus 167 centímetros. Pero sabía quien era y, además de escribir artículos en periódicos a ambos lados del Atlántico para que EEUU apoyara a Inglaterra y Francia «porque tenían los mismos ideales de civilización y libertad», afiló la pluma para fustigar a los políticos que no previeron la defensa de su país: «porque si Inglaterra se hubiera armado y hubiera dejado claro a Alemania que iba a luchar junto a Francia, probablemente no hubiera habido guerra»; y atacar a los estrategas de salón que habían llevado al matadero a tantos jóvenes. Así escribió sus *Epitafios de guerra*, entre los que destacamos los números 3 (*Un hijo*: «Mataron a mi hijo / mientras se reía de alguna broma. / Me hubiera gustado oírlo pues pudiera serme útil para cuando falten las bromas»); 20 (*Forma común*: «Si alguno pregunta por qué hemos muerto / decidles: porque nuestros padres mintieron»), y 21 (*Un estadista muerto*: «Mentí para complacer a la multitud. / Pero ahora se han descubierto todas mis mentiras / y debo

¹ Como consecuencia de: a) un fuerte espíritu nacionalista extendido por Europa a lo largo del XIX y comienzos del XX, b) la gran rivalidad económica y política entre las naciones y c) la carrera de armamento producida durante el último tercio del siglo XIX, se originaron dos grandes alianzas. Por un lado, Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia y, tardíamente, EEUU, y, por otro, los imperios alemán, austro-húngaro y otomano, terminaron enfrentándose. El detonante de aquella locura colectiva comenzó con el conflicto entre Austria-Hungría y Serbia por el asesinato del heredero del trono austro-húngaro, el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo y su esposa el 28 de junio de 1914, en Sarajevo, por el estudiante nacionalista serbio Gavrilo Princip; conflicto extendido a Rusia en agosto del mismo año. Finalizó en noviembre de 1918 y en esos cuatro años largos fueron movilizadas 65 millones de militares europeos, muriendo más de nueve millones de combatientes, jóvenes en su gran mayoría. Podemos hacernos una idea aproximada de aquel disparate descomunal en la novela de Humphrey Cobb «Senderos de gloria», en la que se basó Stanley Kubrick para dirigir la gran película homónima en 1957.

enfrentarme a los hombres que maté. / ¿Qué mentira podría servirme aquí?»).

Incansable, escribió artículos en los diarios y dirigió su crítica a los liberales, los socialistas, los conservadores, los neutrales «incapaces de odiar el Mal», los tibios, y hasta al Papa Benedicto XV (1854-1922), que nunca condenó a Alemania y al que dedicó el cáustico poema *Una canción al cantar el gallo*.

Mandó a la imprenta nuevos cuentos y algunos, como *Francia en guerra* o *La nueva armada va de maniobras*, fueron censurados. En 1915 publicó los relatos *Policías del mar*, un aguijonazo a los prebostes de la *Royal Navy* («... mi maldición especial para los lores del Almirantazgo. Una pandilla atontada de simios incorregibles...») y *Mary Postgate*, en el que la protagonista, una mujer que «no tenía enemigos; no despertaba celos ni entre las más feas...», cumplía fríamente su venganza en un soldado enemigo.

En 1917 se incorporó a la Comisión Imperial de Tumbas de Guerra, creada para enterrar con honores los restos de los caídos en cementerios próximos a los campos de batalla, con lápidas dignas, sin distinción de rango, sólo con el nombre, el símbolo de su religión y el regimiento al que pertenecieron. Con ese motivo visitó varias veces el norte de Francia a cuyo pueblo admiró en público «porque supo honrar a sus muertos y mantener el coraje y la dignidad». En esa Comisión hizo amistad con el rey Jorge V (1865-1936), al que llegó a prestar algún libro y para el que escribió discursos memorables, como los radiados al Imperio en las Navidades de 1932 y 1933.

Aún escribió algunos cuentos espléndidos como los incluidos en el dolorido



FIGURA 7.—Retrato del Mariscal de Campo Douglas Haig, Primer Conde Haig (1861-1928), destacado militar del Imperio Británico durante la Primera Guerra Mundial. En este conflicto dirigió desde finales de 1915, no sin cierta controversia, la Fuerza Expedicionaria Británica. Entre el 25 de septiembre y el 14 de octubre de 1915 comandó la Batalla de Loos, en la que los británicos perdieron más de 50.000 combatientes, entre ellos se encontraba el teniente John Kipling (cortesía de www.library.mun.ca, S. H. Parsons & Sons, Canadá, 1924).

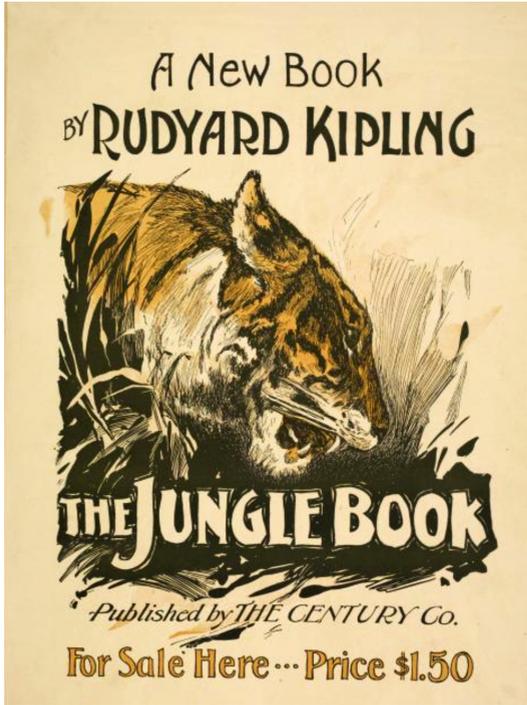


FIGURA 8.—Póster anunciando «El libro de la selva», publicado por la editorial neoyorquina The Century Company (cortesía de la New York Public Library Digital Collection)

de la buena fortuna que, orientada indistintamente a la derecha o a la izquierda, había encabezado sus libros desde la India.

Y final

Por entonces vivía con Caroline en un hotel de Piccadilly y a finales del 35, a punto de cumplir los 70, se vio viejo. Presintió su fin y escribió una breve autobiografía, *Algo de mí*, que no llegó a ver editada. Sabía que con él acababa su linaje ya que Else, su única hija viva, había matrimoniado con un capitán impedido. Pero eso ya hacía tiempo que formaba parte de su frío interior.

El 12 de enero de 1936 sufrió una hemorragia digestiva alta y el 13 fue inter-

libro *Débitos y créditos* (1926): *La casa de los deseos, Una virgen de las trincheras* y, en especial, *El jardinero*, en el que una mujer va a Francia en busca de la tumba de su sobrino (¿o hijo?): «...el hombre alzó los ojos y la miró con infinita compasión... —Sígueme —dijo—, y le enseñaré donde descansa su hijo...».

En su afán viajero, Kipling quizá fue el escritor más peripatético de la historia, en 1921 visitó Argelia con Caroline; en 1928 fueron a Sicilia y Brasil; en 1929 y 1931 volvieron a Egipto y en 1932 a Jamaica.

No descansó. Siguió afirmando su francofilia frente a su vieja germanofobia y vaticinó una segunda guerra aún más terrible que la primera: «Alemania es irredimible... La «verdadera guerra» está por llegar y ha empezado el 11 de noviembre de 1918», escribió cuando Hitler (1889-1945) obtuvo el 36% de los votos en las elecciones de 1932, un año antes de llegar a la Cancillería. Fue entonces cuando retiró la esvástica, símbolo hindú

venido de la úlcera duodenal en el hospital Middlesex. Falleció en la noche del 17 al 18 y, como había ordenado, sus restos fueron incinerados. Por decisión del Gabinete, al mediodía del 23 la urna con sus cenizas fue llevada a la Abadía de Westminster. Allí, en el Rincón de los Poetas, al lado de las lápidas de Charles Dickens y Thomas Hardy, fue depositada con honores mientras el coro cantaba su *Recessional*.

Joseph Rudyard Kipling, nombre propio en la historia de la Literatura, dejó cuatro novelas, casi 300 relatos y 800 páginas de poemas, muchos de ellos magistrales. Nació en la India, recorrió el mundo, «caminó junto a reyes y habló con multitudes», escribió claro, perdió dos hijos, vaticinó dos guerras mundiales y consideró que un imperio, además de poseer ambición, debía fundarse en el carácter y el trabajo; en el espíritu de sacrificio, el respeto a los pueblos y el afán civilizador. Pero, sobre todo, pensamos que fue un hombre que supo no sucumbir a los honores ni al dolor, conservar sus rasgos y escribir, con talento y sin descanso, siempre con pluma y tinta negra, en libertad.



Bibliografía

- McGregor-Stewart J. Rudyard Kipling. A bibliographic catalogue. Toronto: A.W. Yeats Ed. Dalhousie University Press, 1959.
- Gilmour D. The Long Recessional: The Imperial life of Rudyard Kipling. London: John Murray Ed., 2002.
- Mallet P. Rudyard Kipling: A Literary Life. New York: Palgrave-MacMillan Ed., 2003.
- Richards D.A. Rudyard Kipling: A Bibliography. New Castle (Delaware): Oak Knoll Press & British Library Ed., 2010.